

por pretexto el allegar fondos para una obra ridícula, en lugar de destinarlos á la beneficencia ó para fundar alguna escuela, y sospechando además, que la fiesta no sería tal, sino una reunión fría y desabrida de aspecto más monacal que un claustro, decidieron no asistir á la fiesta.

Resultado: la fea iglesia quedará sin torres y el cura tendrá que emigrar de una ciudad en donde no tiene adeptos.

Pero como nota desconsoladora en esa población netamente liberal, puede citarse un convento disfrazado de escuela, en el que sin pudor se infringe la ley, se blasfema contra nuestros héroes, y se hace mofa en tan repugnante lugar, de nuestras legítimas glorias.

Ponemos en conocimiento de las autoridades la existencia de ese convento, aunque sepamos que no se impondrá castigo á los transgresores de la ley, para no contrariar la necia política que el Presidente observa para con la sucia facción conservadora que á todos domina, porque lo domina á él.

¡Sangre! ¡Sangre!

El más pestilente de los rezumos de una cloaca, no produce indudablemente tanto asco, tan profunda repugnancia como el asco y la repugnancia que origina el asesinato, cuando la mano que corta una vida es dirigida por la autoridad. Por eso repugnó y escandalizó tanto el asesinato de Arnulfo Arroyo.

Se dice que el Jefe Político de un Distrito de Puebla mandó asesinar, del modo más cobarde, á una persona bastante conocida en la localidad.

Para perpetrar el crimen, se escogieron verdugos avezados en la carrera del asesinato, desalmados, crueles y feroces; se escogió también para teatro de tan espeluznante suceso, un lugar situado fuera de la población. Los esbirros se apoderaron de la víctima, la vendaron y la condujeron por extraviados senderos al lugar del sacrificio, donde con alarde de sa-

ña, de vileza y de bestial furor, la acribillaron á balazos y puñaladas.

Los esbirros, creyendo muerto al infeliz hombre, regresaron tranquilamente, pero al siguiente día, alguien que acertó á pasar por el lugar del crimen, vió al hombre herido y marchó á dar aviso de su encuentro al Juez del lugar, el que recibió la declaración de la víctima.

El hecho es bastante significativo. El nos convence y convence á los individuos más optimistas, de que hay Jefes Políticos que á satisfacción desempeñarían las funciones de verdugo, y que, de la mejor buena voluntad, trocarían la forma humana que el capricho de la naturaleza plugue darles, por la manchada piel de la pantera ó la elasticidad pasmosa del crótalo.

Hay Jefes Políticos formados de una pasta amasada por el rencor y el odio, con todas las hieles y todos los venenos. Para ellos, la vida del hombre nada significa, y ven con envidia á los tétricos mochuelos porque les irrita no tener la satisfacción de morar en los panteones, para tener el gusto de vivir entre los muertos.

Y abundan asumiendo Jefaturas Políticas esos caracteres morbosos; los encontramos encaramados en esos puestos, sentados sobre la ley y teniendo en la mano no las balanzas de la Justicia, sino el puñal del condottieri.

La autoridad no se guía por sus pasiones y obedece al instinto bestial de la destrucción de la especie, es desquiciadora, y es inmoral que por solo el deseo de desembarazarse de un enemigo, se le mande asesinar, reproduciendo con cárdenos tintes las siniestras escenas que han dado pavorosa fama á las sinuosidades de la Calabria.

Urge que el Gobernador Martínez, si es que quiere dejar algo bueno para la Historia de su funesta administración pública, excite á las autoridades á que cumplan con su deber castigando severamente á los heridos de la persona á que nos referimos, y que ignoramos su nombre.

Ya es tiempo de que se orée la sangre que empapa el territorio del Estado de Puebla, sangre de víctimas inmoladas por autoridades.